

El hecho bruto en la escritura de Josefina Vicens

María Luisa Puga

L 958. En ese año se publicaron novelas rotundas. Novelas que denunciaban enconadamente la farsa del lenguaje revolucionario. Novelas que se erguían en la escena literaria con un orgullo agresivo. Ya basta, parecían decir, de ser meros cronistas de una realidad en la que no creemos. Novelas que traían gérmenes de la novela universal. Empeñadas en construir la voz novelística mexicana moderna. Novelas impacientes, jóvenes, nerviosas en su deseo de existir. Fuentes, Revueltas, Yáñez, Spota. Un año antes se había caído el Ángel de la Independencia. La ciudad comenzaba muy lentamente a cambiar. El plástico asomaba, pero todavía todo parecía posible. Los rumores de la calle aún no habían perdido completamente su calidad humana. El modernismo en el desarrollo no había hecho sentir sus consecuencias. La ciudad era amable con sus tranvías y sus arboledas. Su superficie era caminable.

En ese año se funda la *National Aeronautica and Space Administration* (NASA), y por primera vez se oye un mensaje mundial universal gracias al primer satélite. El mensaje era, naturalmente, navideño y, naturalmente, norteamericano. De Eisenhower.

Y en medio de todo lo que puede suceder en un año: los descubrimientos científicos, los golpes de estado, las miss

Universo, los récords mundiales, los avances de la oposición, aparece un libro, un tono, una forma de acercarse a la literatura que no hace demasiado escándalo. Calladito, solitario en el maremagnum cultural, *El libro vacío*, de Josefina Vicens, con su José García, de vida tan común y corriente.

En el centro mismo de nuestra tempestuosa novela mexicana, que vocifera mexicanidad corrupta por aquí, y corrupción mexicana por allá, vemos en un texto literario a un mexicano tratando de escribir, sabiendo que no puede; que no sabe. Cómo, se pregunta José García, va a inventar él una historia, una trama, un personaje. El, que se pasa el día en la oficina. Que apenas si tiene tiempo para escribir en un cuaderno lo que tendrá que ser transformado para poder pasar a un segundo cuaderno, que sí será la novela. El cuaderno vacío, que nunca hay tiempo de llenar. ¿A qué hora quiere usted que hagamos literatura, señor?, se pregunta Josefina Vicens, escudriñando, quizá, la maraña de retórica en la que nos debatimos.

José García comprende que es incapaz. Lo acepta. Y al hacerlo, se propone conocer la dimensión de su no ser un ser excepcional. Se da perfecta cuenta de que así no se escribe. Ha oído que para escribir hay que llevar una

vida excepcional, heroica. Ser aventurero, osado, singular. Y cuando se encierra en su despacho por la noche —que no sólo no es el estudio idóneo, porque también sirve para guardar los trebejos, trebejos que la mujer, mágica, logra vender en momentos de dificultad económica, sino que además de no ser el espacio ideal para la reflexión, es, justamente, la realidad que le dice: ¿tú qué vienes a hacer aquí? ¿Qué tienes para ofrecerle a la literatura? ¿Tu vida gris?— José García admite ante sí mismo que el libro quedará vacío. Y entonces, lo único que le queda, su única fuerza, es su deseo, pese a todo, de escribir.

Y el reconocer ese deseo es su libertad. Su liberación. Por eso la novela de Josefina Vicens tiene, en medio de la escena literaria del momento, una fuerza inusitada: la libertad del acto de creación. La libertad de ser, pese a todo.

Lo que nos transmite *El libro vacío* es la riqueza del vivir, de las relaciones humanas en su forma más escueta. El contacto directo con la realidad. José García no quiere escribir —no se lo puede permitir. Hay una cotidianidad que se lo impide —pero quiere escribir para demostrarse que si no lo va a hacer es porque comprende que no puede. No tiene tiempo. No tiene espacio. No tiene caso. Quiere que la gente sepa (y ésta es Josefina), que no escribe porque no quiere.

Al ir llenando ese cuaderno con el que prepara el otro, José García plantea toda una forma de composición literaria al mismo tiempo que nos cuenta su vida. Una vida perfectamente común y corriente, como la de millones de mexicanos, que al ser colocada bajo el lente de la escritura, muestra lo que de ternura, de humanidad, de sencillez apacible hay en un vivir cotidiano que no se reviste de artificialidad. “Escribo para mí; que quede bien entendido”, por lo tanto puede escribir lo que quiera y exactamente como quiere. Concentradamente se fija en las palabras, en su comportamiento una vez puestas en el papel; quiere que “se sostengan por sí mismas, sin los andamios del argumento”, y al mismo tiempo se deja reflexionar en las circunstancias, las personas que forman su vida. Su mujer, sus hijos, la gente que ve en la calle. Y constantemente se pregunta: ¿cómo se hará?:

Me gustaría describir la tarde y lo que siento. ¿Qué hay que hacer entonces? Primero, creo yo, sentir la tarde. Después, hacer el intento de ir cercando sus elementos: la luz, la temperatura, la tonalidad. Después observar su cielo, los árboles, las sombras, en fin, todo lo que le pertenece. Y cuando estos elementos queden reflejados en palabras y expresado ese temblor gozoso y esa estremecida sorpresa que siento al contemplarla, entonces, seguramente quien me leyera, o yo mismo, podría encontrar en mi cuaderno una bella tarde y a un hombre que la percibe y la disfruta.

La imagen literaria construida al desnudo, montándole los elementos paso a paso con una calidez y una sencillez impecables.

De esta manera Josefina Vicens-José García, hablan de la condición humana con piedad, sin pretensiones, ateniéndose únicamente al hecho bruto, sin explicación artificiosa alguna, sin literaturizar. Nacer, vivir, envejecer, morir. Simplemente viendo vivir a la gente y llevando su reflexión a un grado límite, y así el personaje, llena su cuaderno con una literatura viva, pasmosamente directa y rica, que no pasará maquillada al otro.

Transcurren 24 años de silencio de la autora, y en 1982 aparece un nuevo libro suyo: *Los años falsos*. ¿De qué puede hablar ahora la autora, si en su primer libro trató los temas fundamentales? *El libro vacío* tiene como epígrafe las líneas siguientes: *A quien vive en silencio dedico estas páginas silenciosamente*.

Los años falsos es el complemento necesario de *El libro vacío*, y tenía que ser escrito luego de todos esos años. Si en *El libro vacío* la autora logró recuperar la esencia de lo humano con una escritura tersa y luminosa, en *Los años falsos*, desentraña la artificialidad de la realidad. Habla de cómo nos hacemos en la infancia, de cómo suena el lenguaje y se leen los gestos de los demás a los ocho, diez, doce años. De cómo nos enseñan a querer, a entender, pese a que dentro de nosotros hay una sabiduría que se va viendo maniatada, asfixiada. De cómo la vida que sabemos maravillosa con una fresca naturalidad, se convierte en una barroca mediocridad.

Aquí, el José García del primer libro pareciera protestar, ya en su vejez, por lo que le pasó en su infancia. ¿Qué es lo que le pasó? Una familia tradicional, nada menos, con todo el bagaje de mentiras, de hipocrecias, de silencios. Han pasado 24 años, no lo olvidemos. De



Maria Luisa Puga

aquellabarahúnda que prevalecía en los años cincuenta, hemos pasado a los discursos especializados; el psicológico, el politológico, el feminista, el ecologista. Y Josefina Vicens entonces, con su aparente apacibilidad, con su sencillez tímida, nos señala los rasgos terribles de nuestra capacidad de conformismo; nos muestra los detalles sobrecogedores de nuestra realidad radionovelesca. Y con la lectura, uno deja escapar una risita medio histérica, pero contiene la respiración ante la fuerza de la fe que Josefina tiene en el ser humano, en el amor, en la ternura real, que no nos atrevemos a vivir.

Como en el primer libro, aquí también se habla de un hombre, una mujer, unos hijos. De cómo se ven vivir unos a otros. De las terribles pequeñas crueldades que unos a otros se infligen. Pero también, y con esto Josefina traza lúcidamente la línea de su trayectoria narrativa, de la capacidad de protesta del niño. El niño que siempre sabe lo que quiere y cómo tiene que ser lo que quiere, pero que tiene que llegar a viejo para saber formularlo.

Si en el primer libro José García aprende a escribir, en el segundo aprende, por fin, a vivir, y Josefina Vicens, con dos libros, ha hecho una brillantísima carrera literaria pues nos ha hecho reflexionar, a fondo y sin nin-

gún rebuscamiento, sin ningún artificio, en dos cosas fundamentales: la creación artística y la condición humana. Sus temas son esos fundamentalmente, pero por su utilización del lenguaje, por la manera libre y sosegada con que fluye su narrativa, hemos tenido tiempo y oportunidad de reflexionar también sobre nuestro desarrollo como país, como identidad, como cultura.

El laconismo de Josefina Vicens, la precisión certera con que construye sus frases, son una reiterada acusación de lo retórico de nuestro desarrollo, de lo tramposo de nuestro progreso.

La autora no hace ningún tipo de afirmación, de declaración. No se construye a sí misma como personaje de la escena literaria actual. Asoma dos veces calladamente, y deposita sus libros. Dos veces en las que nos vemos obligados a recordar el hecho bruto. A verlo. No nos sentimos tan satisfechos de nosotros mismos. Las cosas se pueden sepultar con palabras, pero las palabras pueden, a veces, denunciar. Las palabras redondas, enteras, limpias. Así se erigen en los dos libros de Josefina Vicens que, con su personaje José García, nos dice: "Me pertenezco todo, me uso todo; no hay un átomo de mí que no esté conmigo, sabiendo, sintiendo la inminencia de la primera palabra".